EDUCACION Y CIVILIZACION

POR

GUSTAVE THIBON (*).

Henos aquí reunidos una vez más, mis queridos amigos, y tengo la impresión de reanudar con vosotros una conversación interrumpida. Os lo he dicho más de una vez: quisiera aportaros algo más que palabras; porque, a pesar quizá de ciertas apariencias, no gusto en absoluto de hablar en público. No hablo ciertamente para mí. Hay conferencias en las que uno al menos se divierte: el conferenciante, aun cuando se aburra todo el mundo. Yo es diría como el poeta que, si hay un ruido que yo deteste, es el murmullo inútil de las voces. Quisiera, pues, que mi voz fuera en algo útil, y esto depende en gran medida de vosotros, porque cuanto os he enseñado no viene precisamente de mí, sino que es algo que pasa a través de mí y que quisiera no pasara a través de vosotros (porque pasar a través querría decir desaparecer) sino que penetrara hasta el centro del ser que dirige los pensamientos, los sentimientos, los actos.

Me alegro ante todo, sin hacer la menor demagogia, de ver a tantos jóvenes alrededor de mí; los siento, por lo demás muy fraternales, porque, en el fondo, la vida humana, ese estrecho banco de arena entre dos mareas de infinito, en frase de Shakespeare, que pasa tan rápido, es un campo de batalla donde se dibuja nuestra eternidad, donde se dibuja y también donde se decide.

Bajo esta luz, debo confesaros que comprendo mal el famoso con-

(*) Los organizadores del XI Congreso del «Office International» prefirieron solicitar del autor que conservase la espontaneidad de su lenguaje, inseparable de la riqueza de su pensamiento, aun a riesgo de sacrificar, a veces, las exigencias de la lengua escrita. Se trata, en realidad, no de un conjunto didáctico propiamente dicho, sino más bien de un estimulante expresado en el estilo de una charla, un tanto coloquial.

Fundación Speiro

flicto de generaciones del que tanto se nos habla hoy. Me sucede, a veces, que me siento perfectamente de acuerdo con los jóvenes, y en desacuerdo no menos perfecto con hombres de mi edad; porque, cuando se han pasado ya los sesenta años y se quiere mimar a la juventud, hay algo que no marcha. Cuando se tiene miedo a perder el último tren, se lo pierde siempre o se queda uno atrapado en el estribo. Estos conflictos generacionales no se deben a que las generaciones se opongan entre sí demasiado, sino a que se parecen mucho. En el fondo, los jóvenes detestan a los viejos porque ven en ellos la imagen de lo que llegarán a ser antes o después, a menos de una muerte prematura, y de lo que no querrían llegar a ser. Y si los viejos algunas veces simulan burlarse de los jóvenes es porque ven en ellos la imagen de lo que fueron y no volverán a ser. En estas burlas se percibe a menudo el ruido de espejos rotos, porque, en efecto, se trata de espejos. Pues bien, yo trato de aportaros aquí valores, como en años precedentes, que no dependen ni de la juventud, ni de la madurez, ni de la vejez, porque no dependen del tiempo, y pueden inspirar todas las edades de la vida.

Estamos, sin embargo, en una época curiosa, en la que se hace burla de los valores intemporales: en cuanto se habla de lo intemporal se os dice que estáis superados, que sois de la vieja escuela; se rechazan estos valores en nombre del progreso; se rechaza toda forma de permanencia. Solamente —esto es curioso y no es contradictorio en nuestro tiempo— estos valores de los que se burlan en el nivel en el que se aplican, es decir, al nivel de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno, se los reencuentra en aquel nivel en que no tienen ninguna aplicación; dicho de otro modo, se introduce un espíritu de cambio en lo que está hecho para permanecer, y se sitúa un espíritu conservador en lo cambiante y en lo fugaz. Podría citaros mil ejemplos. Pensemos, por ejemplo, en la idea de *revolución permanente:* como si una revolución pudiera, por definición, ser algo más que transitoria. Pero se pretende justamente eternizar lo que es efímero por esencia.

Un ejemplo más concreto (quizás me digáis que es un detalle sin importancia, pero es revelador): yo leía recientemente una publicidad muy significativa: se trataba de una crema de belleza. En una

Fundación Speiro

época en que se rechazan valores intemporales, he aquí el reclamo: "*Crema intemporal. Crema revolucionaria, gracias a la cual la mujer puede ofrecer a la mirada de quien la ama un rostro intemporalmente joven*". Si se hace la exégesis de semejante texto resulta extraordinariamente profundo. Se ve, ante todo, una crema de cuidados "revolucionaria"; me hace feliz registrar que existe al fin una revolución conservadora. En general, la revolución es el cambio; aquí es la conservación. La divisa de esta revolución es "no cambiemos más". Estamos en los dieciocho años y ahí nos quedaremos. Y después: "un rostro intemporalmente joven". Hasta prueba en contrario yo creía que la juventud era un estado temporal, y un estado temporal por definición; pero no, se introduce lo intemporal aquí precisamente, lo que no deja de tener gracia.

Cabría pensar que hay algo más precioso para una mujer que conservarse: es *realizarse,* lo que va infinitamente más lejos. Como se ha dicho para muchas mujeres y para muchos hombres también, a fuerza de haber querido vivir sin envejecer, acaban por envejecer sin haber vivido...

Esta psicología de la juventud es muy divertida; ya no se dice "los viejos", sino "los menos jóvenes". ¿Qué quiere decir aquí la conservación? Cuando se me dice que me encuentran *bien conservado* no me gusta en absoluto; ante todo, porque seguramente no es verdad, y en segundo lugar porque no pretendo estar puesto en conserva. Es decir, una conserva que valiera aún, pero cada vez menos, como una vieja manzana que se desecara a medida que los años pasan. Preferiría quizá tener algo que no tuve en mi juventud, en lugar de tener simplemente una juventud cada vez más deteriorada, lo que sería desear la muerte antes que la edad.

* * *

En consecuencia, yo os diría, ante todo para hablaros de los valores de la Civilización y de la educación de los hombres, que yo me reconozco en todo caso lo bastante vecino de la muerte como para que mi principal cuidado sea la Vida Eterna.

Fundación Speiro

El gran problema de aquí abajo es saber si Dios y una eternidad nos esperan más allá de la tumba; saber si la vida temporal es un camino o si es un fin. Creo que todo está ahí.

Es preciso confesar que en el mundo moderno —comprendida en él una cierta religión "new look" que se nos enseña— todo converge para hacer de este camino un fin. Cuando oigo (y no doy demasiada importancia aunque sea muy significativo) a un predicador de Notre Dame limitarse a decirnos que Cristo no tiene nada contra la felicidad temporal —y ciertamente que no tiene nada contra la felicidad temporal— no se comprende que se tomara Dios el trabajo de encarnarse para enseñarnos eso, y me hace pensar que existe otra dimensión. Y me quedo un poco inquieto ante este Dios que se liquida o se escamotea bajo el lema del mayor placer y del menor esfuerzo. Una religión sin exigencias es, en todo caso, algo extremadamente grave.

Si no tiene exigencias es que carece de profundidad; y si se hace de este modo rebajas sobre Dios como sobre una mercancía un poco estropeada o apolillada, es que ya no se está seguro de Dios. Si verdaderamente creemos en Alguien que nos aporta la vida eterna, es normal que este Ser Supremo tenga exigencias.

La misma impresión tenemos cuando comparamos con otras épocas: yo leía recientemente un texto de Massillon en que se trataba de un rechazar el mundo, de un cierto rechazar el mundo que el cristiano debe poseer. Quizá Massillon exagerase; pero hoy se exagera de tal modo en el sentido contrario que no deja de ser oportuno citar hoy estos viejos textos. Hablando a su auditorio, entre el que se encontraba el rey de Francia y sus pares, Massillon decía:

"Señores ¿cuál es ese mundo por el cual Cristo no ha orado y que vosotros debéis odiar? Yo sólo podría responderos que es el mismo que vosotros amáis. No os equivocaréis con esta señal: ese mundo es una sociedad de pecadores cuyos deseos, cuyos temores, esperanzas, empeños, proyectos, alegrías y tristezas no discurren más que hacia los bienes y los males de esta vida; ese mundo es un conjunto de gentes que miran la tierra como a su patria, el más allá como un exilio, las promesas de la fe como un sueño, la muerte como la más grande de todas las desdichas."

Fundación Speiro

Todo está ahí dicho. Nos encontramos en los antípodas de todo eso, y no es ciertamente eso lo que hoy se nos predica.

* * *

Solamente esta promesa de eternidad implica de por sí exigencias en la vida temporal.

Hay valores temporales que es preciso cultivar sobre todo. Siempre sirviendo a Dios, sin duda; pero para alcanzar la vida sobrenatural y eterna es preciso pasar por el tiempo; es preciso pasar por la sociedad, es precisa una educación, una civilización. Porque es una ley fundamental de la naturaleza humana que lo superior depende de lo inferior de un modo que va infinitamente más allá de lo que podemos pensar; es trágico, pero es así. Es la famosa ley de Augusto Comte que nos dice cómo en cuánto existe aparece la dependencia de lo más alto respecto de lo más bajo. Es conocida esta frase de humor: *"La rosa tiene necesidad del estiércol, pero el estiércol puede muy bien prescindir de la rosa":* aquí se encierra todo el problema de lo terreno, todo el problema del arraigo.

El ser prometido a la Eternidad, este ser que es el hombre, es también el ser más vulnerable en el tiempo.

Educere quiere decir sacar las posibilidades de un ser, dar a luz las potencias que en sí contiene. Estas posibilidades son a la vez positivas y negativas; y es la sociedad, el entorno social, lo que las saca de sí. Este misterio de la influencia del medio tiene algo de insondable; de aquí el problema central que siempre se plantea:

¿Cuál es el medio social que otorga al hombre las mejores posibilidades de alcanzar su esencia, que mejor prepara al hombre para la vida eterna, que constituye el terreno más propicio para la eclosión de la gracia? ¿Cuál es, en último término, la forma de sociedad que permite superar lo esencial? ¿Y cuáles las condiciones de vida humana que en último extremo podrían liberarnos de todo condicionamiento? Ahí reside el problema. Es, como ha dicho Simone Weil, "el problema de los *metaxus*", es decir, de los lazos o intermediarios entre el hombre y Dios.

Pues bien, yo creo que es fácil responder en dos palabras. La gra-

Fundación Speiro

ci apasa a través de la naturaleza. Se ve a Dios, realidad última, a través de las realidades intermedias de esta vida. Dicho de otro modo, el hombre se realiza (es casi una tautología) en el contacto con lo real que está en él y alrededor de él. Por lo tanto, la forma de sociedad que educa positivamente a los hombres es aquella en que los hombres alcanzan mayores intercambios con lo real. Lo cual implica una forma orgánica de sociedad, es decir, la existencia de grupos humanos donde los individuos están unidos los unos a los otros por un conjunto de lazos concretos y vivientes. Saint-Exupery decía que la calidad de un hombre se juzga por el número y la calidad de sus lazos.

¿Cuáles son los lazos? El primero es, sin duda, la vinculación a un pasado, a una tradición; tradición que puede ser familiar, local, profesional, nacional, y que está construida del conjunto de estas tradiciones. Por el hecho de nacer, somos herederos. La experiencia del pasado vivifica el presente. La tradición es un capital entregado a cada ser humano desde su nacimiento. No un peso muerto, como se nos dice tan a menudo, sino una suma de experiencias, de esfuerzos, de realizaciones de las que extraemos ejemplos, lecciones. No siempre lecciones positivas, a veces lecciones negativas, pero justamente es del mayor interés saber lo que ha marchado mal en el pasado para no reproducirlo. Como ha dicho alguien, la sabiduría es una meditación sobre los errores pasados. Lo importante, a veces, es haberlos tenido; más bien que haberlos tenido, meditar sobre ellos.

Todo ello nos provee de lecciones, de orientación. En una época en que no se habla más que de porvenir, no olvidemos que el porvenir está perfectamente vacío, que el pasado está lleno, que es inmutable y que el porvenir es todavía nada, algo indeterminado; el porvenir no es algo que ha de soñarse, sino algo que debe construirse día a día, y que no puede construirse más que apoyándose, quiérase o no, sobre bases suministradas por el pasado. Nada tenemos que recibir del porvenir; el porvenir, por el contrario espera todo de nosotros, será aquello que nosotros hagamos. Por desgracia, se pone hoy el mundo al revés, el punto de apoyo sobre el porvenir ... Simone Weil llegó incluso a decir (quizá exageradamente, pero con verdad): "un pueblo sin pasado, sin tradiciones, sin raíces, es un pueblo no apto para lo sobrenatural".

Fundación Speiro

Volvamos siempre a la parábola de la semilla y la tierra. No olvidemos tampoco que la continuidad es precisamente un atributo de la vida. En cualquier organismo existe una tradición y algo que se transmite y no se interrumpe nunca. Por esto, cuando se nos habla de ruptura con el pasado, yo me permito sonreir ante todo porque se trata de algo imposible. Me acuerdo de uno de nuestros filósofos relativamente conocido cuyo nombre prefiero omitir, que al comienzo de una conferencia exclamó golpeando la mesa: *"somos los hombres de las rupturas, de todas las rupturas con el pasado"*. ¿Qué querrá esto decir? Entonces, señor, si usted es el hombre de todas las rupturas con el pasado, comience por callarse, porque usted habla una lengua que es el fruto de un pasado milenario, y, para hacerse comprender, está obligado a hablar como todo el mundo... Además, posee usted una ascendencia, una identidad, un temperamento, un carácter, así como hábitos —aunque sea el hábito de la necedad— que son también tradiciones. Tradiciones igualmente sólidas, porque las tradiciones negativas son tan viejas como las tradiciones positivas. Por lo tanto, cállese, e incluso suicídese usted, será mejor. Esto sería la ruptura verdadera y definitiva con el pasado.

Pues bien, el pasado es la pista de despegue hacia el porvenir. Será muy sensible, pero los aviones despegan de la tierra, no despegan del cielo. Van hacia él. Por lo tanto, una tradición no debe concebirse como una cosa fija, evidentemente. Admito y apruebo que se la pueda corregir, enriquecer, purgarla de elementos caducos e integrar en ella elementos nuevos; pero es ella en todo caso, en su profundidad, la que nos suministra los criterios de renovación y de selección. Insisto en ello: se puede saltar en el vacío, pero no se salta desde el vacío. La inteligencia, por ejemplo, no puede rechazar lo verdadero, ni la conciencia el bien, ni el sentido estético la belleza, puesto que es a partir de estos valores como se juzga.

El *asesinato del padre* por lo demás, que está hoy muy de moda, equivale pronto al suicidio del hijo. El orgullo humano, después de haber exaltado al hombre desmesuradamente, se convierte en seguida en suicida; es lo que vemos hoy día en una ínfima parte (ínfima quiero creer) de la joven generación que, con frecuencia, después de

Fundación Speiro

haber realizado todas las experiencias sexuales y de todo género, termina en la droga como sucede a veces con este admirable neologismo, hasta *desfondarse,* es decir, como un tonel completamente deshecho, y el acto siguiente es el suicidio.

Y no olvidemos —porque es hacia el futuro adonde yo miro— que el pasado es muy interesante, pero, en fin de cuentas, no podemos cambiarlo. Lo que me inquieta en la negación del pasado es precisamente el porvenir. Es él lo que sufre en la mutilación del pasado. Cuando veo marchitarse o arrancarse las raíces no lloro sobre las raíces sino sobre las flores que mañana se desecarán faltas de savia. Esto es lo más grave. Chateaubriand lo decía proféticamente a principios del siglo pasado: "*guardémenos del derribar las columnas del templo: puede abatirse sobre uno el porvenir*".

No es por casualidad (es por lo demás un símbolo) que la negación a tener hijos en el mundo moderno vaya unida con el asesinato del padre. La cadena se rompe por los dos extremos.

Cuando se ha visto el año pasado a estas hembras (la palabra hembra es todavía demasiado halagüeña ya que los animales en este dominio nos son enormemente superiores), seres reducidos al sexo y al cerebro, más bien un cerebro un poco desquiciado que comunica su delirio al sexo, cuando se ha visto a esos seres que desfilan por las calles para reclamar el aborto libre y gratuito (acabo de leer, y supongo que no es falso, que en cierto Estados americanos los gastos concernientes a la píldora y al aborto podrían ser deducidos de la renta, lo que disminuía los impuestos ...), cuando se ha visto a estas damas desfilar reclamando el aborto a gritos y su subvención, por de pronto lamenta uno que sus madres no hayan tenido principios tan sólidos. Esto nos hubiera librado de muchos desfiles superfluos.

Pero la vida no es sólo una continuidad, es también una unidad y una unidad hecha de solidaridad y de cambios permanentes como los miembros de un mismo cuerpo en la vida biológica. Quiero decir que los valores educativos de una civilización tienen necesidad de pasar por el canal del contacto inmediato de prójimo a prójimo, por el canal del ejemplo, por el canal de la encarnación; que tienen necesidad de constituir un clima, un ambiente, una impregnación a veces inconsciente, un poco al modo de una bolsa de agua subterránea

Fundación Speiro

que fecunda al hombre desde el interior e influye por una ósmosis misteriosa en sus pensamientos y en sus actos.

Es algo muy importante, casi irracional; pero lo irracional toma una gran parte en nuestra vida: es el clima, el ambiente en que vivimos y no los principios teóricos que están por encima de nuestras cabezas y que no se los ve la mayor parte del tiempo.

Recuerdo una anécdota que contiene muchas enseñanzas. Se trataba de una familia patriarcal en la que existían tradiciones, pero en la que uno de sus hijos había evolucionado mal. Una familia aristocrática, relativamente conocida. El descendiente de esta familia vivía en París. En aquella época había tenido que aceptar bajo el gobierno de Vichy, un puesto en provincias, un puesto oficial en el cual se aburría mortalmente. Las pequeñas comunidades tienen por lo menos muchas ventajas, a pesar de sus chismorreos. Estaba, pues, en una ciudad pequeña donde había costumbres, digamos, bastante minuciosas, y en una ocasión le oí decirme: "es triste; en esta localidad, mi querido amigo, el adulterio es materialmente imposible. ¿A dónde irá usted? En mi casa está mi mujer; en casa de ella, su marido. Hay dos hoteles en la ciudad. En ellos se nos conoce, y en pleno campo es cuando menos inconfortable". Yo le contesté: "es maravilloso: usted es honesto a pesar de sí mismo".

Pero se trataba de otra cosa: era funcionario en asuntos que concernían más o menos a los abastecimientos; en aquella época faltaba el dinero, y se le ofreció un "sobre" considerable para conceder no se qué permiso (en fin, ustedes saben cómo suceden estas cosas en el dominio del estatismo). Entonces, en aquel momento, este hombre que tenía necesidad de dinero, que tenía pocos escrúpulos morales, por una especie de impulso irrazonable respondió: no. Después de lo cual lo sintió. Y le oí entonces decirme: "es mi abuelo quien lo ha rechazado dentro de mí". El abuelo había sido un hombre venerable en la familia, el hombre que se citaba como ejemplo; todo esto creó una especie de ambiente y llegó a penetrar en el alma más de lo que podría suponerse. Porque, notadlo bien, se ha hablado mucho del inconsciente, del inconsciente de abajo, de ese lugar donde reinan los complejos, las inhibiciones ... Pero hay también un inconsciente de arriba, digámoslo así, un sobre-mí que no es negativo como el so-

Fundación Speiro

bre-mí freudiano, sino que es positivo y atractivo; dicho de otro modo, no hay solamente un inconsciente de bajo fondo, sino también el inconsciente de las profundidades, y de aquí que entre bajo-fondo y profundidades no hay más que un matiz. (Por desgracia es frecuente que la psicología moderna llame psicología de bajos-fondos a la psicología de las profundidades.)

Puen bien, todo esto constituye al hombre. Esa influencia, que va mucho más allá de lo racional, penetra a los niños, a los jóvenes, incluso sin que ellos lo comprendan. Y los valores de la cultura son exactamente del mismo orden.

Yo siento desasosiego ante esta cultura despersonalizada, tecnológica, escolar, desencarnada, que hoy se nos ofrece. La cultura no es sólo asunto de especialistas; si fuera únicamente asunto de especialistas, ya no sería cultura. Yo llegaría a decir en cierto sentido que si no existiera la familia, si no existiera el medio, el ambiente, aquello que no se aprende más que en la escuela, no se sabe realmente.

La cultura debe estar mezclada con la vida como la sal está mezclada con el mar, y continuamente repensada, vivificada, confirmada o rechazada por la experiencia interior y exterior. Debe ser un clima, una atmósfera y no un bagaje intelectual; cuando se habla de bagaje intelectual no se trata ya de asimilación, se trata de un tener, de un tener exterior al hombre y, a veces, bien molesto.

Cuando los padres dicen: "Quisiéramos dar un buen bagaje intelectual a nuestro hijo", se siente la tentación de contestarles: "el pobre, cuantas más maletas tenga, menos correrá". No es importante lo que se injiere sino lo que se digiere. Por ello, valen más algunas flores esparcidas en un campo auténtico que tiendas enteras de floristas donde todas las flores están cortadas y se marchitan rápidamente.

Por ello, es muy frecuente en los "intelectuales" (hacia los que con excepciones siento cada vez un mayor horror) este contraste trágico entre una especie de pseudo-madurez de inteligencia (¡ellos lo saben todo!) y un infantilismo, un irrealismo en el alma. Diríase que tienen demasiado de una cosa y no lo bastante de todo lo demás. Ellos lo saben todo, pero, como ha dicho alguien, *no saben más que esto.* Lo que quiere decir: no saber nada verdaderamente, no prolongarlo

Fundación Speiro

por la experiencia, no haberlo encarnado, no vivirlo. Por esto resulta inquietante el que hoy todo vaya volviéndose escolar.

El sexo en la escuela, por ejemplo. A estas pobres criaturas ante todo no se les pregunta su opinión ni el parecer de sus padres, Es algo inquietante el ver la pornografía que está ya en todas las paredes, en todos los periódicos y en todas las pantallas, pasar a la escuela. Y, además, incluso si se guardan las medidas, ¿es que se va a añadir todavía esta materia al repertorio escolar? ¿Es que se van a hacer deberes sobre ésto? ¡Habría para asquear a estas pobres criaturas de antemano! Con deberes, con calificaciones se les traza el camino, se les señaliza el camino... ¡que se les deje la alegría del descubrimiento; de cualquier manera llegarán a ello por sí mismos! Y esta admiración delante del misterio, incluso si el camino es un poco agitado, que lo recorran por sí, siempre con principios morales.

Personalmente yo no me tengo por gran educador (no estoy nunca en mi casa), pero en fin de cuentas mis hijos lo han sabido todo en este terreno muy jóvenes; lo han sabido todo sin saber cómo lo han conocido, lo mismo que aprendieron la lengua francesa, diríamos porque se hablaba de esto de una manera natural; y esto no les ha sorprendido en absoluto sino que ha venido por sí. Pero esta especie de asignatura, con este academismo, esta preocupación, esta pesadez, esta pedantería; en fin, ¡diríase que se burlan de nosotros! He aquí el prototipo de la mala educación ...

Es un hecho incontestable: los valores de la civilización se transmiten y se conservan mejor, infinitamente mejor, en los pequeños grupos. Se vuelve siempre al desenrarecimiento de la sociedad: en los pequeños grupos los hombres se conocen, se vigilan y se ayudan mutuamente.

Podría citaros mil ejemplos, y podríais objetarme que ya no es posible re-crear estos pequeños grupos. Está por ver. Yo tengo por un hecho lo siguiente: hay condiciones que me parecen necesarias y cuando algo parece necesario es preciso tratar de hacer lo posible por que sea bajo una forma o bajo otra. No se trata de volver a crear la aldea medieval, por ejemplo, ni siquiera quizá la aldea moderna, pero sí de hacer algo en este seutido, es decir, algo en el sentido de la desmasificación y de la descentralización.

Fundación Speiro

Mil problemas sin solución a nivel de las grandes concentraciones, sean urbanas o industriales, sobre todo si son estatistas, mil problemas insolubles allá, apenas se presentan a nivel local. Fijémonos en la disolución de las costumbres. Yo observo un pueblo como el mío —y no quiero idealizarlo porque conozco sus lagunas y sus miserias, la envidia que pueden esconder ciertas sonrisas, las murmuraciones y todo lo demás—, pero queda una cosa, y es que, de treinta años a esta parte, no hemos tenido divorcios en mil habitantes. Sucede así porque "*eso no se hace*", porque se vive allá como sostenido por la comundad, vigilado por el vecino; y además, existen en conjunto buenas costumbres. Hay evidentemente casos, pero esto es otro asunto.

Dos ejemplos que puedo citaros al paso. Tengo una vecina que está enamorada de su vecino y que no quiere a su marido. Ella me ha dicho: "Oígame, no es deseo lo que me falta, pero es que *eso no se hace*". Ni más ni menos. Ella está en cierto sentido "programada", tiene en eso una especie de virtud visceral, pero esto es mejor que nada ...

"Eso no se hace" y, sin embargo, ella está enamorada y no ama ya a su marido. Otro ejemplo: en un gran conjunto urbano conozco a una mujer que quiere bien a su marido; lo "quiere bien" pero no lo ama en sentido estricto; el marido ha partido para un largo viaje y ha sobrevenido un supuesto viajante con el cual ella ha llegado hasta el adulterio; entonces yo le pregunté: "pero al menos, ¿lo querías?". A lo que me contestó: "no, pero no me disgustaba, y yo me aburría". El aburrimiento es solamente eso: ausencia de vigilancia, ausencia de sociedad, ausencia de medio ambiente; la nada absoluta; cada uno hace lo que quiere. El hombre es una brizna en las olas.

El problema de la prostitución es la misma cosa; insuluble a nivel de las grandes ciudades; en el campo es algo que sucede a veces, pero los pocos que están en ello constituyen un pequeño folklore del vicio, son algo más bien pintoresco; pero la prostitución industrializada es absolutamente impensable.

De la delincuencia, ni hablemos: rateros hay en todas partes, pero a la vista de gentes que se conocen todas entre sí, esto se ve rápidamente detenido y controlado.

El *sentido del deber social* es algo que brota solo, por sí mismo,

Fundación Speiro

con el prójimo a quien se conoce; con quien hay una relación directa eso marcha de por sí, salvo excepciones. En el grupo pequeño, en la pequeña empresa y en la media ...

Dicho de otro modo, con palabras de Simone Weil: *"para que haya verdadera educación es preciso que el hombre perciba el lazo entre él y su trabajo, entre él mismo y sus semejantes"*. Es preciso que ejerza responsabilidades directas y personales. Es preciso que experimente que algo en la comunidad, en el trabajo, depende de él y sólo de él. Y en este dominio yo otorgo la mayor importancia a una sana competencia entre los riesgos y las sanciones correspondientes. Es preciso que existan dificultades que vencer, algo que hoy se olvida demasiado; precisamente el *sentido de las dificultades* es el principal educador.

Yo asistía no hace mucho tiempo a una reunión en la que estaba un rector de Universidad —persona importante como ustedes saben—; yo había atacado un poco ciertos procedimientos de enseñanza que se llaman audiovisuales, es decir, el abuso de las facilidades que no favorecen ciertamente a la cultura. El rector me contestó: "Señor, todos estos medios, todas estas facilidades se disponen para facilitar la *creatividad*". (Excusadme este neologismo. Ya saben ustedes, tanto más se habla cuanto menos se tiene. Siempre que se crea un neologismo es para designar algo que está en camino de desaparecer) "Y por lo demás, las facilidades no pueden más que avivar el esfuerzo". Aquí hube de replicarle: "Señor rector, yo no lo entiendo. Siempre creí que la definición del término esfuerzo implicaba una dificultad que superar, y que cuantas más facilidades se crean, menos esfuerzos se hacen. Por ejemplo, si instala usted un ascensor en lugar de obligar a una ascensión, subirá usted más deprisa, pero no me hable del sentido del esfuerzo".

Los jóvenes, especialmente, saben que la dificultad es muy importante. El principio es un poco amargo; como decía el poeta "todo comienza en negación y termina en generosidad". Pero si se quiere que algo comience en generosidad, suele acabar en negación. Personalmente aprendí la lengua latina en viejos métodos que debían datar del reinado de Luis XVIII, en los cuales se daban reglas pero no había ni sombra de ejemplos ni menos de imágenes. No se estaba

Fundación Speiro

todavía en "lo audiovisual"; yo me mataba estudiando y me decía: "si siquiera me explicara alguien esto, y me diera un simple ejemplo concreto, esto iría más rápidamente". Quizá exagere en mi dirección, pero cuando yo había sudado diez o doce horas para superar la dificultad, aquello quedaba grabado en mi espíritu de por vida; al paso que si yo lo hubiera recibido previamente mascado, lo habría tragado y digerido más deprisa, pero lo hubiera eliminado también rápidamente. Hoy se recibe mucho, se ingiere quizá demasiado, pero es evidente que se elimina en proporción, se produce una especie de diabetes espiritual: la etimología de la palabra diabetes quiere decir *pasar a través* en vez de digerir. No se valoran hoy las dificultades que vencer en la educación, dificultades que deben estar precisamente a medida del hombre.

Es precisamente lo contrario lo que sucede hoy en muchos medios, donde se oscila sin cesar entre la facilidad extrema y la imposibilidad. Nuestra civilización, una parte de nuestra civilización, tiende a abolir el sentido del esfuerzo multiplicando las facilidades: es la civilización del "apriete un botón", de la que tanto se habla. Pero, cuando la máquina se avería, cuando el sistema deja de marchar, entonces se topa con la imposibilidad pura y simple; se oscila entre lo uno y lo otro. Por ejemplo, cuando estáis en contacto con la naturaleza, ella misma es educadora, porque la naturaleza no hace regalos. Es terriblemente indiferente al hombre; le presenta dificultades, pero no presenta, en cambio, imposibilidades salvo en casos raros de un huracán o de una intemperie excepcional; por lo general el hombre llega a arreglárselas midiéndose con la naturaleza. Mientras que con las técnicas, estas maravillosas técnicas, todo va bien y es fácil y cuesta poco en tanto que funcione. Pero, cuando dejan de hacerlo, nada puede hacerse: si os véis cogidos en un ascensor por un apagón entre el 27 y el 28 piso, no hay nada que hacer más que esperar a que la máquina vuelva a andar. Lo mismo sucede en el fondo del metro o en cualquier otro lugar.

En este terreno de la educación, precisamente de esta educación por la responsabilidad que es condición de la educación de los hombres, creo que es muy importante subrayar el papel capital que juega la propiedad privada; no temo decirlo hoy día cuando es atacada

Fundación Speiro

por todas partes, porque asistimos hoy a la fabricación en serie de irresponsables por el hecho mismo de la propiedad colectiva y, en su límite, por el hecho del Estado monopolizador.

Pues bien, yo creo que esta destrucción de responsabilidades —es algo evidente —constituye la muerte misma de la educación de los hombres. ¿Qué puede representar en este orden el "servicio público? Un medio que no educa a aquellos que lo representan, salvo, quizá, a algunos; los mejores, aquellos que tendrían buena voluntad, son de alguna manera aniquilados por el sistema, neutralizados, al no estar en su sitio ni encontrar los colaboradores necesarios, al no tener verdadera responsabilidad ni manera de imponer su autoridad. Siempre hay alguien encima a quien culpar, y por lo demás, nadie quiere mojarse en último término. Todo el mundo se aprieta bajo los paraguas y nadie se echa al agua.

Añadid a todo este ambiente la propaganda demagógica, caldo de cultivo para el sentimiento de irresponsabilidad. Cuando se lee sobre los carteles electorales, por ejemplo: *"Votad a tal partido, todo es posible"*. ¿Qué quiere decir eso de todo es posible? Léase todo es posible, no si trabajáis bien (esto no tiene ninguna importancia), sino simplemente si votáis. ¿Por qué milagro sucederá esto? Esto ya es otro problema ...

La irresponsabilidad se cultiva a la vez que el sentido de la reivindicación, que es la antítesis misma de la educación: el derecho a esto, el derecho a aquello, el derecho al amor, el derecho a la salud, el derecho al aborto, el derecho a la libertad sexual ... ¿Por qué no el derecho a la inteligencia para todos los hombres y a la belleza para todas las mujeres? En tan buen camino no se detiene ya uno... Se dirá entonces: es preciso que el Estado haga esto, que haga aquello: es la ruina misma, la educación a la inversa.

Tengo amistad con una profesora de Facultad que da clase a un curso de psicología que habilita para ocuparse de niños más o menos deficientes, lo que es una profesión simpática. Sucedió, sin embargo, que hubo de advertirles al principio del curso: "esta profesión está ya muy cubierta y os será difícil encontrar un empleo". A lo cual un alumno revolucionario contestó: "al Estado corresponde el crear más empleos". "Pero sería preciso entonces —respondió ella—

Fundación Speiro

crear también en la misma proporción deficientes mentales". Como si hubiera demasiados médicos, por ejemplo, sería necesario difundir la peste en el país para que los médicos tuvieran trabajo. Todo esto está dentro de la lógica de la irrealidad que hoy se nos enseña.

La colectividad tal como existe hoy es corruptora en vez de educadora. El Estado moderno, en conjunto, es un mal educador en los dos sentidos.

Por un lado, permite casi todas las libertades: considerad el abuso de poder que ejercen los grupos de presión, el de los corruptores en todos los dominios, de la pornografía; de la prensa, de la pantalla, de cuanto queráis; se puede escribir todo, todo se puede exhibir, los apóstoles de la subversión hacen casi cuanto quieren. Se tiene una debilidad culpable hacia los criminales; los criminales son más apreciados que las víctimas; las lágrimas parecen reservadas para aquellos que las hacen correr...

De otro lado, el mismo Estado impide o paraliza la mayor parte de las verdaderas libertades: la libertad de poseer, la libertad de emprender una obra, la libertad de educar a nuestros hijos. Cuando se considera lo que representa una cierta escolaridad obligatoria hoy al uso: pobres desdichados que no tienen ninguna vocación intelectual, que tendrían una vocación manual, atados al pupitre de las escuelas para hacer de ellos amargados en el momento mismo en que podrían comenzar a trabajar. Todos los maestros con buen sentido os lo dirán: es monstruoso. Entonces ¿dónde está la educación? Las gentes, ya más o menos arruinadas por los impuestos, por la inflación del Estado-vampiro, no pueden más que echarse en brazos del Estado-providencia, de modo tal que el Estado realiza esta paradoja de la que hablaba ya Paul Valèry: que la política descansa sobre dos principios: el primero, impedir a los hombres ocuparse de lo que los concierne; el segundo, hacerles decidir por la papeleta de voto sobre aquello de lo que nada entienden.

La colectivización, creedlo, es la tumba de la educación; porque, en último término, no se educa más que a hombres libres. Por el momento, domina más bien la anarquía, pero la anarquía sólo dura algún tiempo, y llama a la tiranía en la que el Estado todopoderoso reemplaza la educación del hombre por el adiestramiento del animal

Fundación Speiro

(por no decir por la revisión de la máquina, porque todavía habrá que agradecer el que se nos trate como animales). En esto estamos, sin hablar de la mentira descarada que nos deseduca, si esto es ya posible. Suministrándonos malas copias de la fraternidad perdida, se ha arruinado a las comunidades naturales, todo aquello que constituye a la familia o a las empresas a medida del hombre, si no del todo arruinadas, en vías ya de serlo.

Han sido disueltas las comunidades naturales, y en el momento en que el hombre se descarga cada vez más de sus responsabilidades educativas, de sus responsabilidades reales hacia su trabajo, hacia el prójimo, a la hora en que, como os he dicho, nadie quiere mojarse, por una hipocresía monstruosa se nos carga de responsabilidades lejanas o imaginarias sobre asuntos que no nos conciernen. ¿La educación de nuestros hijos? Sin interés ¿De los obreros? Ya los sindicatos se encargarán de ellos, el patrón no tiene nada que hacer. Así en lo demás. El *prójimo,* el vecino, el vecino del mismo piso, todo esto carece de importancia, pero debéis sentiros responsables de lo que sucede en Patagonia o en el Vietnam. Nadie conoce ya a su prójimo, pero se le preocupa por el más lejano, se le preocupa por lo demás de una manera completamente gratuita y muy confortable ya que no acarrea ninguna consecuencia; pero así os consideraréis todos responsables: se comete un crimen en Sebastopol, soy yo el responsable como miembro de la sociedad... Por mi parte, rechazo esta responsabilidad, tengo ya suficiente número de responsabilidades que me incumben para tener que ocuparme de lo que sucede en el otro extremo del mundo.

He aquí el ejemplo más impresionante que conozco. En una población de Francia, una mujer de 37 años ha sido encontrada muerta en un inmueble de alquiler donde vivía un gran número de inquilinos, y su muerte databa, según el forense, de tres meses. ¿Sabéis quien encontró el cadáver? El propietario, al que preocupaba el arrendamiento. Al menos había alguien que pensaba en ella, el único. Es trágico: ni un amigo, ni un pariente, ni un vecino cercano que hubiera advertido su desaparición, y probablemente en el mismo inmueble podrían encontrarse muchas personas dispuestas a manifestarse

Fundación Speiro

por el Vietnam y a bajar para ello a la calle. Es esta una crisis de extraordinaria gravedad.

Tales aberraciones son posibles, hay que reconocerlo, sólo dentro de la economía de abundancia en la cual estamos sumergidos —y a la que nada objetaré porque más vale la abundancia que la carencia—, pero precisamente esta economía nos aporta tales riquezas que permite a la vez grandes desarreglos de conducta; desarreglos que son permitidos a los ricos más que a los pobres, al menos mientras están en trance de arruinarse. No se es nunca tan rico como cuando uno se está arruinando —es bien sabido—; cuando se ha consumado la ruina ya no hay más que hacer. Como el hombre que se tira desde el séptimo piso, cuando pasa a la altura del segundo, podría decir a alguien que estuviera en el balcón: "todo va bien por el momento". Lo mismo sucede en la sociedad.

En las épocas de penuria o de economía relativamente menos abundantes, tales aberraciones y desarreglos hubieran acarreado el hambre a breve plazo, lo que hubiera devuelto a los hombres a la razón. Los progresos técnicos tienen por contrapartida los desmanes de ideologías que permiten mil locuras porque la vida material está asegurada y entonces es posible pervertirse.

¿Será necesario entonces hablar de esa educación *a la inversa* que difunde hoy la triste raza de los "intelectuales", especie de gusanos instalados en el queso de la economía de abundancia y que hablan impunemente de cualquier cosa, de ideas que jamás han sido confrontadas con la realidad? Recuerdo la admirable fórmula de Víctor Hugo: "*Toda idea expresada entraña una responsabilidad contraída*". Es admirable, pero estamos infinitamente lejos de ello.

Cuando se contempla una banda de intelectuales (por lo demás perfectamente inofensivos, conozco algunos buenos padres de familia y aun esposos fieles) que os exaltan al Marqués de Sade, que se convierte así en el maestro de muchos jóvenes actuales, es, cuando menos un poco fuerte ... El Marqués de Sade originó un nombre común, que es hoy la cumbre de la gloria: el sadismo... La familia Sade cercana a él (os lo señalo porque es un fenómeno sociológico importante para ponerse en guardia contra la fuerza de la opinión), no estaba al principio demasiado orgullosa del *divino marqués,* de

Fundación Speiro

modo tal que después de que Napoleón encerró al ilustre hombre en Sharenton, sus libros fueron publicados más o menos bajo capa. La gran Enciclopedia, hacia 1840 dio una biografía del marqués de Sade en la cual se hablaba de sus "escritos infames". El Conde de Sade, su hijo, intentó procesar al editor por difamación. Naturalmente, el editor fue absuelto por el sencillo motivo de que el Señor de Sade, habiendo publicado un libro, daba derecho a la crítica y no se trataba de difamación personal. Pues bien, mientras ni siquiera se había osado el poner su nombre en su tumba de Charenton, en cambio el año pasado, cuando la gloria había llegado, el actual conde de Sade dio grandes fiestas en honor de su ilustre antepasado.

Cuando se ha hecho del Marqués de Sade un maestro del pensamiento ... para los buenos profesores inofensivos, el maestro lo es sencillamente de la subjetividad absoluta. Por ejemplo, él desea asesinar a una mujer: tiene derecho; es la subjetividad absoluta; tal vez no corresponda esto a la subjetividad de la mujer en cuestión que querría vivir ...; esto es ya otro asunto. Pero si después de haber escrito todas sus elucubraciones sobre el "divino marqués", el profesor en cuestión, al volver a su casa, encontrara a su mujer y a su hija asesinadas por un émulo moderno del querido marqués, yo me pregunto cómo lo tomaría ...

En esta dimisión general del Estado, de una buena parte de los cuerpos sociales como la Universidad, incluso de la Iglesia en algunos de sus aspectos temporales y en la pluma de bastantes miembros de su jerarquía, la responsabilidad de educar va a descansar cada vez más sobre un corto número de hombres que sean a la vez defensores de las leyes naturales y de las leyes divinas violadas hoy simultánea y correlativamente. Esto entra en el programa de la *Acción* de Jean Ousset.

La anti-naturaleza roba a lo sobrenatural la mayor parte de sus posibilidades de eclosión, y recíprocamente, la pérdida del sentido de lo divino trastrueca el orden natural. Fue Chesterton quien escribió con su admirable buen sentido: "*quitad lo sobrenatural, y no queda más que lo que no es natural*". Esto, más tarde, ha sido comprobado hasta la saciedad. En otros términos, no hay Dios sin naturaleza y no

Fundación Speiro

hay naturaleza sin Dios. Por ello mismo, ¿qué es lo que hemos de defender? La ley natural, sin duda.

Ante todo, en la naturaleza, en la misma naturaleza. No voy a haceros un curso de ecología de la que tanto se habla hoy día. (Cuando yo hablaba de ello hace veinte años se me trataba de extravagante; hoy se me trata de reaccionario). Sin embargo, es algo que ya existe esa protección de la naturaleza. Es curioso que el hombre haya alcanzado un grado tal de poder que tenga necesidad de proteger a la naturaleza, mientras que en otro tiempo era él quien tenía que protegerse contra ella. Siempre le hizo el hombre el daño que pudo, pero por mucho que fuera, tenía tan débiles medios que eran como picaduras de mosquitos sobre un elefante; sólo la naturaleza era inmensa, poderosa. Ahora sucede lo contrario: no es la naturaleza la fuerte, sino el hombre, y es preciso que corra a su socorro, a la ayuda de su madre.

Y después, protección no sólo a esta naturaleza visible, sino de aquella otra naturaleza que hay más allá de todo medio ambiente, es decir, de todo aquello que se refiere al derecho natural, que es también el derecho humano. Y yo llegaría incluso a decir —quisiera con ello haceros comprender la responsabilidad excepcional que pesa sobre las actuales generaciones—; no solamente protección de la naturaleza, sino protección en cierto modo de Dios mismo. Porque Dios parece retirarse de un mundo dominado por el vértigo tanto de sus conquistas materiales como de sus locuras ideológicas. Porque Dios en la hora presente —es una gran desgracia, pero puede ser un bien para las almas escogidas—, Dios no está sostenido como lo estuvo en otro tiempo (sostenido en el alma de los hombres, no en sí mismo que en nada necesita de apoyo). Dios no está ya sostenido por las costumbres, por las leyes, por el ambiente general, por el conformismo, por el respeto humano... ¿Por qué lo estará entonces? Por grupos, por individuos que, en cierto modo, tendrían que devolver al mundo a Aquel que nos ha puesto en el mundo. Dios se asemeja cada vez más a un huérfano, el huérfano de sus propios hijos; hay una especie de deber de ser padre hacia un Dios huérfano, de devolverlo al mundo —a este mundo, se entiende—, de salvar a un Dios que naufraga en el corazón de los hombres.

Fundación Speiro

He aquí lo que me parece absolutamente capital: en otro tiempo —os lo he dicho —la dibilidad de los hombres les prohibía tales excesos; la fuerza de las cosas, cuando el hombre se desviaba demasiado le devolvía automáticamente al camino recto. Si se saliera en el grado de hoy, se vería en plena hambre, pero ya no es este el caso.

Pues bien, voy a concluir, y voy a hacerlo cediendo un poco a la manía moderna de citar a Freud, Nietzsche o Marx, o alguien semejante, y voy a citar a Freud que no me gusta en absoluto, pero cuando Freud dice algo inteligente también se le debe aceptar. Freud dijo esta verdad elemental, por lo demás muy conocida antes que él: "*no hay más que dos verdaderas fuerzas educadoras del mundo: la necesidad y el amor*". Lo encuentro perfecto.

Pues bien, en muchos casos la civilización moderna, al multiplicar las pantallas entre nosotros y la realidad, nos sustrae de la una y de la otra, de la necesidad y del amor; de la necesidad por el gran número de facilidades que nos procura, y del amor deshaciendo los lazos que nos unen con nuestro prójimo, lo que dificulta el contacto, y con ello el amor. La necesidad nos impulsa desde detrás y el amor nos atrae desde delante: es lo perfecto para caminar. Estas dos formas, no lo olvidemos, se hacen hoy cada vez más convergentes a causa precisamente de este terrible y tan frágil poder del hombre sobre la creación. Os diría incluso: es en la hora en que el hombre parece poder prescindir de Dios, cuando la oración y la humildad son más trágicamente necesarias bajo pena quizá de un aniquilamiento, no como ayer de una parte de la humanidad, sino de la especie humana entera. Me gusta mucho este texto, quizá apócrifo, que narra un diálogo entre Nerón y Séneca "¿Sabes —le decía Nerón— que mi poder casi iguala al de los dioses?". Y Séneca le respondió: "Tanto más debes desconfiar de los dioses y rogarles cuanto más tu poder se vaya acercando al suyo".

Pues bien, vemos así que únicamente aquellas virtudes cristianas tan menospreciadas hoy, el ascetismo, la moderación, los sacrificios (habrá que hacer sacrificios aunque sólo sea para salvar la naturaleza en que vivimos, como se prevé), sólo esas virtudes cristianas pueden elevar nuestra responsabilidad a la altura de nuestros poderes: este es el gran problema actual.

Fundación Speiro

Se había creído en el siglo XIX y a principios de éste en un progreso global de la humanidad; se había imaginado que el progreso moral crecería en función de progreso material: esta ha sido la gran ilusión de los dos últimos siglos. Hay una parte de verdad en esta esperanza, porque si el progreso material no entraña en absoluto el progreso moral y espiritual, si incluso puede producir lo contrario, es evidente que objetivamente lo exige, y lo exige bajo pena de muerte.

Quisiera que estas palabras os hicieran sentir vuestra responsabilidad de educadores, no solamente hoy cuando formamos aquí un ambiente, sino también mañana, cuando nos veamos dispersados en un mundo hostil, a veces, delirante, cuando la presión social y la moda, cuando el conformismo con la mayoría, cuando el respeto humano jueguen contra el buen sentido y el ideal, cuando las luminarias de la plaza pública ensombrezcan la luz lejana de las estrellas fijas; en fin, cuando estéis solos con vuestra fe contra los ídolos de la multitud, ese será el momento de recordar lo que fueron estas jornadas.

Pienso, a veces, en la divisa de una ilustre familia francesa admirable como divisa de caballería andante: "*Si omnes, ego non*" —si todos, yo no—. Si todos escogen el mal, si todos escogen la mediocridad, yo no.

Pienso también que para la juventud nada es más exaltante que poder decir alguna vez: Si todos, yo no; si todos consienten, yo no; si todos capitulan, yo no. Es exaltador porque, quiérase o no, hay en la juventud un germen de anarquía que me parece extremadamente simpática, y que, en las épocas normales, en las épocas equilibradas, puede resultar peligroso; pero hoy posee algo maravilloso porque esa necesidad de originalidad, este impulso de anticonformismo y de protesta que tienen los jóvenes, pueden colmarlo en favor de la Eternidad. La verdadera revolución es hoy, paradójicamente, defender el orden. Así, sólo hoy se puede ser a la vez rebelde y defensor del orden.

En fin, quisiera yo simplemente que mi voz sea aquí una vez más testimonio de verdades que no he fabricado por mí mismo, que no tienen mi sello en absoluto; quisiera que esta voz, que está más

Fundación Speiro

o menos cercana a apagarse aquí abajo, os ayude, por poco que sea, a escuchar en vosotros mismos el silencio de Dios por encima de los ruidos de la plaza pública.

Se nos habla mucho hoy del retorno a las fuentes; quizá fuera más exacto hablar del retorno al caos original. Se habla de retorno a las fuentes para justificar los peores extravíos; pues bien, yo os incito a un verdadero retorno a las fuentes. Sólo que no olvidemos que para retornar a las fuentes la condición primera consiste en saber remar a contracorriente: jamás se ha vuelto a las fuentes abandonándose a la corriente.

Se trata, pues, de remontar la corriente, ayudados por nuestros hermanos, por los pequeños grupos que podamos constituir en torno a nosotros, y alguna vez, en el límite, con sólo Dios por aliado. Con Dios que ha dicho: "incluso si el mundo entero está contra nosotros". Y también: "ánimo, yo he vencido al mundo". Y en todo esto no dejaremos de considerarnos, como pide el Evangelio, siervos inútiles; pero sin decir por ello que estos siervos inútiles, dado que Dios ha entregado su poder a causas segundas, no sean, al mismo tiempo, siervos necesarios.

CULTURA Y REVOLUCION:
(Actas del Congreso de Lausanne 1969.)

LOS ITINERARIOS CULTURALES DE LA REVOLUCION, por *Louis Daujarques.*

LAS TRES REVOLUCIONES, por *Mercel Clément.*

LOS VALORES PERMANENTES DE LA CULTURA, por *Gustave Thibon.*

NUESTRO COMBATE CULTURAL, por *Jean Ousset.*

80 páginas. 67 pesetas

Fundación Speiro